

Augusto d'Halmar.

UNA CRONICA ANACRONICA

I

CUANDO hace poco en París se abrió una encuesta para graduar la estima en que la generación actual tenía a Anatole France y su obra y cuando los jóvenes escritores—no los escritores jóvenes—lo negaron a él y renegaron de ella, me invadió cierta melancolía al registrar la inestabilidad de la boga y las mudanzas de los juicios humanos. Yo no era ya lo bastante joven ni para reaccionar contra el ático creador de Jerónimo Coignard, Silvestre Bonnard y Luciano Bergeret, ni, por lo visto, para desentenderme de estas creaciones tuyas, que desde niño seguían cautivándome y deleitándome. Y me parecía—¿por qué no decirlo?—sacrílega la iconoclastia de los vanguardistas, que, por su parte, tan poco habían hecho para cautivarnos y deleitarnos y tanto venían haciendo por repelerme y enfadarme.

Entonces, todavía con el periódico de la encuesta en las manos, se me ocurrió levantar otra mucho menos frívola, entre quienes no podían menos de conocer a fondo la labor anatolesca y reconocerla en forma. Y, pues coincidía la circunstancia de que el jardín del Luxemburgo, donde acababa de leer tan despectivas opiniones, cerrábase con cajas destempladas, es decir, a tambor batiente, como cada anochecer de cada día, salí por la verja del «Boul Mich» y unos cuantos pasos me condujeron a la cervecería de la

«Chope Latine», con el doble propósito de restaurar mis fuerzas materiales con la «choucroute» y las salchichas de Alsacia y el pan negro y la cerveza de Lorena, que la han afamado, y de entrevistar a cierta clientela consuetudinaria, que espiritualmente me confortaría.

Londres cobija muchas excentricidades; pero París encubre no pocas, desde su capilla swedemborgiana, hasta sus cábalas de magia negra y sus cementerios de perros. Y si en la ciudad del Támesis hay clubs de solteronas y de suicidas, en la del Sena concurren a ciertos cafés, peñas tan extravagantes como la que iba yo a sondear en el de la «Chope Latine».

En efecto, los iniciados en los verdaderos misterios de París saben que en esa «brasserie» del Barrio Latino, llamada también «Rendez-vous» de los Imaginarios, se congregan desde fecha inmemorial los personajes de novela, o sea, los héroes redivivos de muchos noveladores ya finados. Los camareros los distinguen por sus nombres, y no causan ningún asombro en la cajera, ni en el «barman», cuando piden la cuenta de Numa Rumestan, o un «cocktail» bien batido para Jorge Duroy (el *Bel Ami* de Maupassant). La manilla que sostienen Juan Valjean y el «Père» Goriot es proverbial, y todos los ámbitos del establecimiento están poblados de sombras más o menos ilustres, entre las cuales siempre encontraríamos rostros familiares. Ahora, por ejemplo, cuando yo exploré el interior, a través de las cortinillas, no tuve ningún trabajo en reconocer, mano a mano en un velador, el gesto ampuloso de Monsieur Delobelle y la abierta fisonomía de Risler, el asociado de Fromont. En otra mesa reuníanse los bohemios de Murger, con Mimi Pinson, de Musset, la Faustin y la modelo Manette, Salomón, de los Goncourt, Safo y Poquita Cosa, de Alfonso Daudet, y el pintor Claudio Lantier, de Zola. Por lo demás, todos eran vecinos de la «rive gauche»

u orilla izquierda del río, pues, si se recuerda, la habitaron o frecuentaron en vida.

¿En vida? ¡Pero es que ninguno, por lo mismo que no había existido realmente, tampoco había podido morir! Y allí estaban todos vestidos con los trajes de su época, peinados, rizados, o afeitados, según sus características, celebrando un perpetuo carnaval en medio de la cosmópolis moderna. Y quien no quiera creerlo, que se dé una vueltecita por París y su Boulevard San Miguel, y si no los ve con sus ojos, como puede verse reflejado a sí mismo en las anaquelcerías del café, que me denuncie por impostor y mistificador y me acuse de fantasear sobre fantasías de por sí ya fantásticas. Réstame, además, en abono de mi veracidad, el testimonio del cervecero, que recluta lo más granado y saneado de su parroquia entre esos entes un si es no es espectrales, y que, en caso de traspasar el comercio, seguramente los incluiría en su fondo y descontaría entre sus utilidades.

Debo añadir, sin embargo, al objeto de sostener inteligencia con mis lectores, que aquellos asiduos a la «Chope Latine» de París no obstan en lo más mínimo para que la frecuenten seres de carne y hueso, como Uds. y yo, conviviendo unos y otros sin el menor rozamiento, aunque también sin alternar. Quiero decir que los personajes de elucubración ya novelados, reunidos entre sí, mantiéñense casi siempre al margen de las personas reales y formales aun por novelar, y que se precisan circunstancias tan extraordinarias como las que me guiaban y animaban para que un simple mortal, como yo, ose abordar esos mitos inmortales y ellos se dignen acogerle en su tertulia y departir con él acerca de los llamados negocios humanos. Esto dicho, no me queda sino advertir que cualquier recién llegado a la «Chope Latine» distinguirá infaliblemente, a la primera mirada, los seres ficticios de los evidentes, sólo con detenerse ante la luna del testero, y

según vea o no reflejarse en ella las imágenes, puede hacer su clasificación. El propósito de que en el recinto del café se multipliquen los espejos, es precisamente para evitar malentendidos y confusiones y a fin de que nadie se llame a engaño.

II

La especie de sonambulismo en que vivo no contribuye por poco a permitirme comunicar, sin mayores distingos ni reparos, con quimeras y realidades, y junto con empujar la mampara de la «Chope Latine» divisé al que buscaba, y si bien estaba solo, tuve la certeza de que no tardarían en reunírsele sus habituales contertulios. El abate Jerónimo Coignard leía entre tanto un libro, con la boca risueña y los ojos vivaces, las mejillas flácidas y su triple papada desbordando majestuosamente sobre un alzacuello muy lucido. Tenía delante un frasco de vino blanco; y a ambos costados suyos, dos sitios vacíos estábanles reservados sin duda al Académico Silvestre Bonnard y al Profesor Monsieur Bergeret, en París.

—Un reportero español—le dije anunciándome a mí mismo—desearía recabar las confidencias de vuestras mercedes, acerca de cierto autor de su intimidad.

—Me place—respondió cortésmente el abate, poniendo sus gafas como señal en el libro—que de la patria de la hidalguía traigais tan culta misión. Tomad, os lo ruego, asiento a nuestra mesa, señor, y siendo entre nosotros bienvenido, trinquemos ante todo con este vinillo de Anjou, que si bien no tiene la solera del jerez o el amontillado, como buen caldo de Sol, sabe a sangre y a oro.

El camarero acudió trayendo otra copa y otra silla; pero antes de utilizarlas, ya los dos aparecidos que faltaban habían hecho su aparición. Coignard me los presentó con sus títulos: el señor Bonnard, de la

Academia Francesa; el señor Bergeret, profesor en la Sorbona.

Tenía el empaque del triunvirato no sé qué aire de familia, aunque el abate, con su balandrán flamante, ostentara una robusta y oronda naturaleza y el sabio, en cambio, apareciera enjuto en su levita negra, rasurado y melenudo bajo su sombrero de copa. En cuanto al catedrático, sus ojos pardos, su cabello ceniciento cortado a ras, su perilla, su chambergo y su traje gris, recordaban otra figura que yo quería precisamente evocar entre ellos.

—Venía—insinué—a recoger a través de ustedes la impresión intelectual francesa sobre el maestro Anatole France, de quien se propala, hoy por hoy, que éticamente fué escéptico, lo mismo para el bien que para el mal, culterano en cuanto a estética, y más bien paradójal que ingenioso y más socarrón que profundo, en tanto que pensador. Humanista humanitario, pero sin humanidad, concretaría un André Maurois o un Pierre Benoît cualquiera. Como en ustedes veo sumadas esas tres actividades, que a él se le regatean y escatiman y de las cuales proveyó tan generosamente a sus criaturas, me ha parecido que el juicio del señor Coignard, doctor en teología y licenciado en artes, del erudito señor Bonnard y del señor Bergeret, didacta, acerca de su creador, podría contrapesar, por lo menos, el de los señores Cocteau, Giraudoux y Morand, todos tres poetas.

—¿Y quién le garantiza, señor mío—prorrumpió pedagógicamente el profesor,—que nosotros seamos creaciones, según Ud. cree, de ese hombre de muchas letras y poca inventiva, siendo como somos entelequias perfectas? ¡Apuesto a que mi amigo Coignard, tan versado no obstante en literatura, ignora casi su existencia! ¿O se figura Ud. que porque Monsieur Anatolio Thibault, hijo del librero de la «Imagen de Santa Catalina», haya firmado nuestras historias, con

su pretencioso pseudónimo de Anatole France, puede llamarse autor nuestro? El ilustre filólogo M. Bonnard, aquí presente, que convivió con él bajo la cúpula del Instituto, nunca, por su proverbial benevolencia, se ha ocupado de tal colega; pero quien calla desotorga, ¿no es cierto? y, por lo que a mí respecta, algunas de las trapisondas que durante el «affaire» Dreyfus me atribuyó gratuitamente, para escamotear las suyas, con hartó menos galanura de estilo que su adversario François Coppée, más bien nos indispusieron que congratularon. Si quiere Ud. mi opinión verdad, ese retórico retorcidamente se compuso una personalidad a costa nuestra; disfrazose tan pronto de Jerónimo Coignard, como de Silvestre Bonnard, como de Luciano Bergeret, y ahora resulta inconsistente y de hecho ya no existe, mientras nosotros tres duramos y perduraremos, sin auxilio suyo, conciliándonos y conservando simpatías, que él se hubiera visto y deseado para no enajenarse.

¡Mecachis! (¿Puede expresarse esto en francés?) No me esperaba yo de razonadores clásicos y dilectos, conforme los imaginó Anatole France, semejante fárrago de incongruencias. Ignoro si tuvo o no tuvo el escritor más espiritualidad y espiritualismo que los engendros por él imaginados y descritos; pero ¡qué diablos! por lo menos les compuso y les impuso y ¡ay! les supuso, una zumbona lógica y una medida ateniense, de las cuales se emancipaban hartó indignamente ahora. Coignard había vuelto a pedir vino, Bonnard apuraba en silencio bock tras bock de filosófica cerveza alemana; Bergeret no bebía, temiblemente, sino agua; bien poco significaba, sin embargo, esta gradación, pues todos, quien más quien menos, de atenerse a los ademanes poco académicos del «inmortal» y a las alteradas y descompasadas voces de sus dos secuaces, parecían ebrios y no de inspiración. Un rencoroso resquemor sangraba en ellos, contra el muerto que les diera vida.

III

Aunque Bergeret no había dicho: «he dicho», como a sus palabras se siguió un silencio, Bonnard creyó oportuno interrumpirle con un discreto carraspeo:

—Era su misma desmedida y descomedida indulgencia—requirió a su vez—una despiadada forma de su sarcasmo, y una afección su sencillez, como era empírico su dogmatismo. Colectivamente resultaba demagógico, a fuer de aristócrata individual, y por mor de la ponderación y la ordenación, volvíase nihilista. ¿No puso en boca del historiador que yo soy: «los libros verídicos se hacen insoportables», y no añadió: «mujer sincera es la que no dice mentiras inútiles»? En fin, caballero, con unos cuantos espíritus disolventes, de la tolerancia indiferentista de Monsieur Thibault, alias France, irrespetuoso burlador de nuestra Doncella Nacional, se socavarían moral y religión, y con otros tantos de su eclecticismo apolítico y satírico, volaría, créanme ustedes, el engranaje social.

¡Inefable! Deliciosas hechuras del Epícuro contemporáneo, al fin substraídas a su helénica férula, podían razonar por su cuenta y riesgo y ¡Dios mío! echar por la calle del medio, a fin de rehabilitarse a sus propios ojos, proferir chabacanerías como cualquier hijo de vecino y chapalear, chapotear y chapuzar regocijadamente en los lugares comunes. ¡Aquel «doncella nacional», para designar a Juana de Arco y aquel «engranaje social», empleado por Silvestre Bonnard, no se los hubiera sugerido más humorísticos su donoso y malicioso apuntador!

—Et vous, monsieur l'abbé, qu'est ce que vous en dites?—inquirí con objeto de cerrar con broche de oro mi encuesta.

Coignard sacudió majestuosamente su triple papada.

—Preocupado de preclaras letras, ignoro las mediocres—adujo—. Pero si vuestro sin par Hidalgo holgase en leer las memorias que ya en su tiempo corrían escritas sobre su persona, yo también me he empapado en las que sobre la mía compuso este otro dechado de ingenio, según unos, desechado según otros, y únicamente le reprocho su heterodoxia. Porque, digo yo, ¿quién le mandaba colgarme el sambenito de pensar que «si Dios nos gobierna e interviene en nuestros asuntos, resulta temerario seguirle de cerca, pues siendo universal ha de hallarse presente en todo género de encuentros, indudablemente sublimes, por la conducta que observa en ellos, pero obscenos o ridículos por la parte que en ellos toman los hombres? Y más adelante: «Si se considera la serie caprichosa de casualidades y tropiezos que tejen nuestros destinos, nos vemos obligados a reconocer que Dios, en su perfección, no carece de ingenio, de fantasía, ni de gracia cómica.»

Jerónimo Coignard hizo un alto para beber; mientras se enjugaba los labios con el dorso de la mano, con la otra hizo seña de que su discurso continuaba.

Y continuó:

—Asimismo, me hace decir que «puesto que tenemos al diablo, debemos abstenernos de tentarle, habiendo conservado tanto poderío en el reino espiritual que hasta Dios le toma en cuenta y le teme y lo encarga de muchos asuntos». Y, para concluir con un ramillete final, citaré la parrafada en que, como quien dice por boca de ganso, aunque lo sea yo para el caso, aventura que «Jehová no puede ser Dios, sino que es un poderoso demonio, puesto que ha creado el mundo, y no debe admitirse que un ser perfecto añada lo más mínimo a su perfección. Además Dios no tiene inteligencia, porque siendo infinito ¿qué había de abordar? Dios no crea, porque ignora el tiempo y el espacio, condiciones necesarias a toda construcción.

Moisés era demasiado filósofo para decir que el mundo fué creado por Dios. Y habla de Jehová, de quien tenía cabal idea, creyéndole, repito, un poderoso demonio, o mejor dicho el Demiurgo».

«Y yo digo—dijo el abate—que quien quiera me haya hecho decir tales herejías, herético era él mismo, hideputa, y dejado de la mano del Altísimo y de la solicitud de Nuestra Santa Madre Iglesia.»

Como los otros dos interlocutores asentían a su homilía y a sus libaciones, con sendos sorbos de cerveza y agua, estimé procedente apurar también mi vaso y batirme en retirada. Había venido en pos de un ideal y unas salchichas con «choucroute»; volvía ahito de vino blanco de Anjou y de filosofía barata. Con todo, no sé por qué, me retozaba la peregrina idea que si la encuesta pública sobre Anatole France le hubiera aburrido al Gran Irónico, esta otra, privativa mía, hubiérale regocijado.

Al salir me crucé con Monsieur de la Pallisse que entraba. Recíprocamente nos cedimos el paso y cambiamos un saludo. El genial Gedeón francés, probablemente acudía a adherirse a la misma peña, de cuyos escollos acababa yo de desprenderme, no sin magulladuras....